



## Capítulo cinco

*8 de septiembre de 2017*

Por última vez, me miré en el espejo de cuerpo entero que tenía tras mi puerta. Volví a pasear, para planchar, mis manos sobre el vestido que Naomi me había prestado. Una hermosa pieza de color azul oscuro, con la manga tres cuartos de encaje y de medida un poco más arriba de la rodilla. Sin duda, un vestido espectacular al que Naomi me había hecho acompañar con unos bonitos, y enormes, tacones en un tono crema.

—Estás guapísima, Lu.

Miré a Naomi a través del espacio. Se encontraba en mi cama, tumbada y con la cara apoyada en sus brazos.

—No sé si esto es una buena idea —dije, admirando la tela del vestido.

—Te he presionado demasiado. —Naomi me miró arrepentida—. Lo siento, no era lo que pretendía.

Me giré sobre los talones y le sonreí.

—Sé de sobra que lo has hecho por mí, pero estoy cagada del miedo. ¿Y si no es quién dice y me hace algo? Necesito el dinero, he mandado mi currículum a muchos lugares y ninguno dice nada. —Anduve hasta la cama y me senté a su lado. Acabé tumbada y resoplando sobre la mullida cama.

Naomi se removió y se sentó con las piernas cruzadas a lo indio.

—¿Estás segura de esto? —preguntó.

—No, pero necesito el dinero. Además, ¿estarás ahí por lo pueda pasar? —Ella asintió.

—Claro que sí. Anda, ven que te arregle el pelo.

Nos levantamos y fuimos hacía una improvisada peluquería que nos habíamos montado en mi habitación. Me senté en la silla de cocina y dejé que Naomi hiciese magia en mi cabello castaño oscuro. Terminó por hacerme una cola alta, bien planchada y dejando ver, según Naomi, mis enormes ojos azules con motas verdes.

—¿Te he dicho alguna vez que me encantan tus ojos? Son espectaculares, Lu.

—Son normales, Naomi, no tienen nada de especial —dije sincera.

Así lo pensaba. Mi hermana Alba y yo éramos muy parecidas, las únicas diferencias eran que ella tenía los ojos más verdes y el pelo rizado como mamá y yo los ojos azules y el pelo liso como mi padre, el gilipollas que nos dejó tiradas.

Mirarme al espejo era verlo reflejado en mí, o yo en él, una de dos.

—Eres guapísima y no lo quieres admitir. —Naomi fue hasta un cajón de mi cómoda y saco un estuche de maquillaje—. ¿No tienes maquillaje?

—Tengo una crema hidratante con color, si uso maquillaje me salen granos.

—Eso vamos a evitarlo, no quiero volver a verte con acné por toda la cara. Vaya años más asquerosos que pasamos, ¿te acuerdas?

—No compares mis volcanes de la era prehistórica con tus pequeños poros. —Reí.

—Que payasa. —Rio ella—. ¿Te echo mucho potingue o quieres algo más natural?

—Natural, por favor.

Y así lo hizo.

Naomi me maquilló de forma sencilla, para nada extravagante. Lo único destacable, a mi pesar, eran los ojos. Naomi se había esmerado mucho en dejarlos impecables para que el azul resaltase.

—Me siento fatal, mi madre está en el hospital con mi hermana y yo aquí...

—Lo haces por ellas, para sacarlas adelante. —Naomi dejó el labial encima de la mesa de estudio e hizo que me levantase de la silla—. Os han embargado la pequeña nómina que tiene tu madre por la deuda del coche de tu padre, ¿cómo piensas sobrevivir con apenas doscientos euros? ¿Cómo pagas la luz, la casa, el agua, el colegio, la universidad y el tratamiento de tu madre? Quizá ellas no sepan el esfuerzo que estás haciendo mientras intentas buscar un trabajo «normal». —Hizo las comillas con sus dedos cuando dijo normal.

—Lo sé, pero me siento como una prostituta.

—No eres una puta, Lu. No vas a venderte por sexo, eso que te quede claro —dijo Naomi con el rostro serio. La vi mirar el reloj de pulsera que llevaba—. Son casi las ocho menos veinte, ¿vamos yendo al lugar? No quedaría bien llegar tarde.

Asentí.

No pude ocultar el nerviosismo que me embargaba por todo el cuerpo. Iba a hacer una locura por salvar a mi familia, pero ellas lo merecían.

Entramos en el metro y, con toda la suerte del mundo, encontramos dos asientos libres. Miraba cada dos por tres las estaciones que faltaban para bajarnos.

Cinco paradas.

—Relájate, Lu, voy a estar vigilando.

Mi pie no paraba de taconear el suelo del tren subterráneo.

Cuatro paradas.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo. Me tiemblan las piernas. Parece una maldita gelatina.

—Tú solo relájate e intenta ser tú misma, sin contar aspectos de tu vida privada. —Naomi era la experta en este tipo de cosas, le haría caso.

—Está bien. ¿Y si no es lo esperado?

—En caso de que no sea quien esperas, se intente propasar o cualquier otra cosa, te rascas la oreja y llamo a la policía —dijo ella.

—¿Y si me hago el pelo para atrás? ¡No confundas señas, Naomi! Te conozco.

Tres paradas.

—¿Estás insinuando que soy una despistada? —preguntó, haciéndose la ofendida.

—Eres la persona más despistada que hay en la faz de la tierra.

—Qué ataque más gratuito. —Naomi miró de nuevo su reloj—. Quedan diez minutos para tu cita con *Aries88* —canturreó.

—Eso, tú ponme más nerviosa —llevé mi mano a la coleta y comencé a toquetear las puntas de forma nerviosa. Era un acto reflejo, si me ponía nerviosa comenzaba a tocarme el pelo.

—¡Déjate el pelo! —exclamó.

Dos paradas.

—Será mejor que nos levantemos para salir. —Naomi me ayudó a levantarme por los meneos que daba el tren por la velocidad.

Acabé agarrada de una barra para no matarme. Otra cosa que me gustaba de estar en la capital era que nadie se fijaba en como ibas y si lo hacían, les importaba un rábano. No obstante, antes de poder divagar en mis pensamientos, me vi saliendo del metro hacia el restaurante en el que había quedado con *Aries88*.

No pude evitar recordar su fotografía en el perfil de la web. ¿Sería el de la foto o no? Aún podía recordar sus rasgos masculinos, un hombre que no se comparaba a nada de lo que había visto hasta el momento.

En pocos minutos la GIOIA se plantó bajo nuestros pies. Un restaurante muy elegante y costoso que tenía *maitre* en la puerta de entrada. Tragué saliva, parando en seco justo antes de cruzar la calle.

—¿Estás bien, Lu? —preguntó Naomi, agarrando mi mano con cariño.

—Estoy muy nerviosa.

—Lo sé, nena, pero tienes que relajarte. ¿Vale? Todo va a salir bien. —Naomi besó mi puño en señal de confianza.

—¿Por qué a mí y no a otra de la web? —pregunté—. Había bellezoes y entre ellas me escoge a mí...

—Te infravaloras, Lu. Eres mucho más bella que esas chicas operadas de cabeza a pies.

—¿Y si no consigo nada con esto? —Me mordí el labio.

—Lo vas a conseguir, ahora, vamos, llegarás tarde.

Dicho y hecho.

Me planté delante del *maitre* en menos que cantaba un gallo.

—¿Cuál es su nombre, señorita? —preguntó el hombre mirando la lista.

Me aclaré la garganta y le dije lo que *Aries88* me había escrito.

—Tengo una mesa reservada a nombre de *Aries88*.

El *maitre* me miró con las cejas alzadas, pero al volver a mirar la lista, pareció entenderlo todo.

—Sígame, señorita.

Miré hacia la otra esquina y me despedí de Naomi. Nerviosa, seguí al *maitre* hasta una mesa en un pequeño reservado que daba a la calle, me senté justo frente a la ventana, viendo a Naomi sacar una bolsa de chucherías de su bolso.

Estaba sola en la mesa, muy bien arreglada. Respiré varias veces, jugando con la punta del cuchillo que estaba envuelto en la servilleta. Miré el reloj que había en la pared del restaurante, fijándome en otras parejas que se encontraban cenando.

«¿Y si ha sido todo una broma y no aparece?», me pregunto a mí misma mientras repaso el borde de la copa para vino con uno de mis dedos. ¿Qué haría? Necesitaba el dinero con urgencia si no quería quedarme sin estudios en el último año.

Suspiré, mirando a Naomi a través del cristal. Sin embargo, una aterciopelada voz masculina hizo que el vello de mis brazos se erizara.

—Disculpa la tardanza, he tenido una reunión de última hora.

Miré a Naomi, que estaba con la boca exageradamente abierta.

Mi corazón se aceleró y tragué saliva. Poco a poco, me giré para verlo. Me topé con su torso, bien definido, enfundado en una chaqueta del más sublime tejido. Subí la mirada y mi sorpresa se hizo notable en cada uno de mis rasgos.

¡Era él!

Me quedé embelesada con sus ojos, que me miraban expectantes, de un tono verde con notas marrones. Me levanté de inmediato, avergonzada por haberme quedado como una tonta mirándolo.

—No... No pasa nada.

*Aries88* era real y me daba cuenta de cuan masculino era. Debía medir bastante, quizá uno noventa y algo. Su pelo estaba echado hacia atrás y más corto en los lados, de un color que rozaba el negro, pero con reflejos más claros. Las cejas pobladas y bien arregladas, pestañas largas y rizadas, nariz de estilo romano y labios rellenos. La barba le quedaba muy bien y ni hablar del traje. Me encantaban los hombres en traje.

—¿Llevas aquí demasiado tiempo? —preguntó, cediéndome la silla para que me sentase.

—No, apenas cinco minutos —dijo.

Me senté frente a él. ¿Os he dicho que nunca en mi vida había visto un hombre tan apuesto como él? Debía de ser modelo o actor.

El *maître* apareció de inmediato con dos cartas, nos las dio y al ver el precio de los platos mis ojos saltaron de sus órbitas.

—Puedes pedir lo que quieras. —Lo miré, estaba mirándome por encima de la carta y juraría que tenía una media sonrisa en sus labios.

«Bienvenida al mundo de los hombres que hacen que mojes las bragas con solo una sonrisa», me dije a mí misma.

—Eh... —tartamudeé—. Esto es demasiado caro.

—No te preocupes, pago yo —dijo.

Tragué saliva, asintiendo. Miré la carta de nuevo, sin parar de taconear el suelo. El corazón aún me iba a mil por hora, acelerado y basto pensaba que se me iba a salir del pecho.

—Esto es un poco incómodo —dije, con la voz leve. Dejé la carta a un lado y subí la mirada para ver cómo *Aries88* me miraba expectante y serio.

¿Desde cuándo llevaba mirándome de esa forma tan intensa?

—¿Tú crees? —preguntó, dejando la carta a un lado.

—Sí —respondí segura—. Ni siquiera sé tu nombre...

—En eso tienes razón. —Y ahí, señoras, fue donde caí en que tenía una sonrisa cerrada de encanto, de esas que hace que te derritas tan solo mirarla—. Soy Alejandro, Alejandro Arias, encantado.

Alejandro.

Qué bien sonaba su nombre en mi mente...

—Soy Lucía, Lucía Rodríguez. Aunque me llaman Luci o Lu.

Alejandro me volvió a sonreír.

—Bonito nombre, Lucía.

¿Podía enamorarme de una persona con solo verla? Alejandro poseía una voz aterciopelada que te encandilaba nada más escucharlo. Y esos labios... ¡Madre mía! Qué ganas de lanzarme a probarlos.

«A ti lo que te pasa es que el coño te está haciendo palmas, guapa», me dije a mí misma.

Me di una bofetada mental y volví al restaurante GIOIA.

—Gracias —me sonrojé un poco por su halago. Aparte de Roberto, nadie me había dicho cosas como que mi nombre fuese bonito ni me habían cedido la silla para sentarme y, aunque fuese un micromachismo, a mí me encantaba.

De repente, el camarero nos irrumpió con un acento de lo más italiano. Gracias al cielo lo entendí a la perfección.

—*Cosa vogliono i signori?*<sup>1</sup> —dijo.

Entonces, miré a Alejandro, quien me miraba de nuevo a través de su carta, expectante y desafiante. ¡El hijo de perra quería comprobar si de verdad sabía italiano! Seguro que, y son suposiciones, se había estudiado mi perfil de pe a pa y quería comprobar si era verdad.

—*Buona sera, voglio la piadina e la bistecca alla fiorentina*<sup>2</sup> —dije, cerrando la carta y sonriendo en su dirección.

Alejandro sonrió con satisfacción, comprobando así que no era una mentirosa.

—Lo mismo que la señorita y traiga una botella del mejor vino que tengan —se atrevió a pedir.

—¿Celebramos algo? —Una de mis cejas se alzó cómicamente. Miré con disimulo por la ventana para ver a Naomi muy entretenida mirándonos, solo le faltaban las palomitas.

—Que he encontrado a la candidata perfecta, Lucía, eso celebro.

---

1 ¿Qué es lo que van a querer los señores?

2 Buenas noches, yo voy a querer piadina y *Bistecca alla fiorentina*.





## Capítulo seis

¿A qué se refería Alejandro con qué había encontrado a la candidata perfecta? ¿Perfecta para qué? Dudé en sí preguntarle o no, luego de estar varios minutos callados. Sin embargo, al final opté por decírselo. No podía callarme, necesitaba saber de qué se trataba esto.

—¿A qué te referías?

Un camarero se acercó y nos llenó las copas de vino. Alejandro bebió, sin quitarme la mirada de encima. Se la mantuve.

—Necesito una mujer para hacerme un trabajo. —Dejó su copa y cruzó sus manos en la mesa.

Alcé una ceja.

—¿Hacerte un trabajo? —pregunté.

¡Ni de coña iba a hacerle un trabajo! ¿Qué se creía que era? ¿Una prostituta? Me puse en tensión. Sin embargo, de repente, Alejandro pareció comprender sus propias palabras y comenzó a gesticular con los brazos.

—No, no, no —se apresuró a responder—. No me refiero a eso —bajó unos tonos su voz y se acercó sobre la mesa a mí—, no quiero sexo.

Solté el aire de mis pulmones y reí, no pude contenerme. Ante situaciones incómodas o inapropiadas, me reía. Podía parecer un gesto de mala educación, pero así era yo. No obstante, me sorprendí al escuchar a Alejandro reír, pero a la vez de una forma ronca.

«Respira, Lucía, respira», me dije, mordiéndome el labio inferior. Me encantaba esa risa, se había quedado grabada en mi mente.

—¿Te das cuenta de lo mal que ha sonado? —le pregunté.

—Sí, me doy cuenta. —Alejandro rio suavemente.

Con disimulo, miré por la ventana. Naomi se había sentado en un banco cercano, comiendo chucherías como una posesa.

El camarero llegó con nuestros platos, volvió a llenar su copa de vino y se retiró. Fui la primera en probar la deliciosa comida italiana, tuve que contenerme para no gemir del placer al probar el plato. ¡Estaba delicioso!

—¿Te gusta? —me preguntó y yo asentí—. Me alegro muchísimo, Lucía.

—¿Puedo preguntarte algo? —Dejé el tenedor a un lado y bebí de mi copa.

—Ya lo estás haciendo. —Rio con suavidad—. Claro, dime. Si está en mi mano te responderé.

—¿Por qué haces esto? No creo que te haga mucha falta encontrar compañía en una web.

Entonces, fue cuando a Alejandro se le oscureció la mirada llena de recuerdos desafortunados. Sus manos se cerraron en medio de la mesa, miró por unos segundos hacia abajo y luego subió su vista hasta mis ojos.

—Eso es algo demasiado personal —dijo.

Asentí con una mueca en los labios. Esa mirada tan profunda me demostraba la horda de secretos que guardaba en su interior, en lo más profundo de su corazón para que nadie pudiese entrometerse en su vida de forma íntima.

—Claro. —Sonreí—. Lo entiendo.

—¿Y tú? ¿Por qué decidiste meterte en la web? No creo que sea por falta de pretendientes. —Alejandro bebió y comió, fijando su mirada intensa en mí.

Me mordí el labio, mirando para abajo. Sus ojos saltaban en chispas de interés y yo solo podía repetirme una y otra vez que esto solo era algo de conveniencia.

—Digamos que me hace falta el dinero y no encontré otra solución.

Comí de mi plato, aún sin mirarle a los ojos. Me ponía nerviosa su mirada entre verde y marrón. Muy nerviosa. Era demasiado intensa. Si a eso le sumabas su atractivo y lo que me hacía sentir con solo una mirada...

¡Madre mía! Me parecía a Naomi, pero nunca un hombre me había atraído tanto físicamente.

—Entiendo —dijo.

Subí mi mirada y dejé el tenedor cerca del plato.

—¿Qué te parece si te doy el contrato y en casa lo miras con tranquilidad?

El camarero vino y retiró los platos.

Alejandro sacó del pequeño maletín de oficina que llevaba unos papeles que supuse que era el contrato.

—Quiero que todo esto sea legal, como un trabajo —apuntó.

Asentí, cogí los papeles y tragué duro. «Esto va muy en serio» pensé.

—Me parece bien. —Le eché una ojeada a los papeles, todo parecía bien estipulado.

—Para que entiendas, necesito a una mujer para acompañarme a ciertos lugares: reuniones de trabajo, galas benéficas, viajes de trabajo... Todo pagado por mí, por supuesto.

—Aquí — comenté mientras señalaba con mi dedo una cláusula del contrato— pone que debo quedar contigo cuando me necesites. El problema es que estudio y no sé si podré asistir a lo que me dices.

—¿Qué horario tienes?

—De mañana —dije.

—Bueno, puedo intentar que las reuniones sean por la tarde.

—¿Y los eventos? —pregunté, leyendo el contrato.

—Son en fin de semana, al igual que los viajes. De verdad, te necesito Lucía. Eres la primera mujer que no me miente en la cara para conseguir dinero.

Suspiré cuando mi vista cayó en el dinero que me llevaría cada vez que quedase con él. Sin embargo, me negaba a reconocer que este impresionante hombre necesitase compañía femenina para estas cosas. Y mucho menos que necesitase a alguien como yo.

—Sigo sin creer que me necesites. ¿Por qué yo?

—Ya te lo he dicho, Lucía —contestó, rascándose la nuca—. Eres la primera mujer que no me miente, eres inteligente, hermosa y educada. Las mujeres de la web con las que he quedado eran unas mentirosas, decían tener ciertos requisitos que buscaba solo para sacarme el dinero. No busco una relación sexual, no quiero una mujer solo hecha de plástico. Necesito una mujer real, Lucía, y esa eres tú.

Los colores me subieron de inmediato. No podía creer que un hombre como Alejandro pensase que era bonita. No, bonita, no, hermosa había dicho. Pero lo más sorprendente era saber que pensaba que era inteligente. Me habían catalogado de muchas cosas: Guapa, bella, sabelotodo, empollona... pero nunca de inteligente y hermosa. Para mí eran palabras mayores por el hecho de ser pronunciadas sin lascivia alguna.

—¿Qué te parece si nos comemos el postre? —le pregunté, mirando el plato. Subí la mirada y le sonreí, algo avergonzada—. Te prometo mirar el contrato y decirte algo lo antes posible.

Lo vi sonreír en mi dirección de forma sincera, sin enseñar sus dientes. Me hizo caso, comenzó a comer de su postre.

—Entonces, ¿estudias Traducción e Interpretación? Tienes un acento italiano muy trabajado, casi perfecto. ¿Has ido alguna vez a Italia?

—Sí, estudio eso, pero no, nunca he salido del país. ¿Y tú? ¿Has viajado mucho? —asintió.

—Bastante, pero nunca he podido disfrutar del lugar.

Le sonreí con tristeza. No lograba entender su vida. Quizá por ello necesitaba una chica a su lado, quizá Alejandro lo que necesitaba era disfrutar de la vida.

—¿A qué te dedicas, Alejandro? —pregunté.

—Soy abogado.

—Guau —dije, sorprendida—. Derecho era mi segunda opción.

—¿De verdad? —preguntó sorprendido.

—Así es. —Reí.

Terminamos de cenar entre una charla muy amena, la verdad es que hablar con Alejandro era un lujo. Era un hombre culto y divertido. No podía parar de reírme con sus bromas. Me sentía muy cómoda. Me había dado cuenta de que teníamos cosas en común, aunque en otras éramos completamente diferentes. Sin embargo, cuando el camarero recogió nuestros platos y me disponía a levantarme, Alejandro agarró mi mano y sacó un sobre de su maletín. Con disimulo, lo echó hacia delante y, con un ademán, me dijo que lo cogiera.

—Es tuyo, la cena también corre de mi cuenta.

—Aún no hemos firmado nada, no hace falta.

Quise pasarle el dinero, pero me lo negó. Su mano tibia estaba encima de la mía, tragué saliva.

—Sí que la hace, es tuyo —insistió.

—De verdad, no hace falta... —Siquiera me dejó terminar de hablar.

—Lucía, es tuyo. Por favor, acéptalo.

No me quedó más remedio que agarrar el sobre a regañadientes y meterlo en el bolso. Le di las gracias y, como buen caballero, me cedió la mano para levantarme. Se la acepté y ambos salimos del restaurante después de pagar. Alejandro me paró en la puerta y del bolsillo de su chaqueta sacó una tarjeta y me la dio.

—Este es mi número, llámame cuando hayas leído el contrato. De verdad, Lucía, léelo y cualquier duda, llámame. Podemos arreglarlo a lo que tú necesites.

—Claro. —Agarré los papeles mucho más fuerte entre mis dedos.

—¿Quieres que te acerque a casa? —se prestó.

—¡Oh, no! —exclamé despreocupada—. No te preocupes, cogeré el metro.

—¿Segura? —pregunto, frunciendo el ceño—. Puedo acercaros donde queráis.

Lo miré estupefacta y con la boca seca. ¿Acaba de hablar en plural?

—¿Acercarnos? —pregunté riendo incómoda.

—Claro. —Sonrió él—. A tu amiga, la devoradora de chucherías que estaba en el banco, y a ti.

Mi cara volvió a tornarse roja.

—¿La has visto? ¡Dios, qué vergüenza!

Alejandro rio.

—No te preocupes, es normal que no confiaras en mí.

Alejando puso su mano en mi hombro y se acercó unos pasos hasta quedar a escasos centímetros de mi cara. Él tuvo que bajar unos centímetros la suya por el cambio de altura entre ambos. Sorprendida, vi como tocaba mi nariz con uno de sus dedos en un gesto cariñoso y divertido.

—Estás muy guapa cuando te pones tan roja. —Rio.

Abrí mis ojos a más no poder. Estaba tan cerca que nuestras respiraciones se juntaban en una sola. Llegué a pensar que me besaría, no me importaría saborear esos labios.

—Yo... Eh... —tartamudeé, sin saber qué decir.

—Quedamos en que me llamarás cuando lo tengas todo leído, ¿vale? De todos modos, si no aceptas, dímelo.

—Cla... claro. —Fue lo único coherente que pude decir. Lo volví a escuchar reír, se apartó.

«¡No te apartes, joder! ¡Bésame, maldito!», pensé.

Alejandro se apartó y comenzó a caminar, no obstante, me miró por encima de su hombro con su mirada brillante y dijo con voz grave:

—Espero tu llamada.







## Capítulo siete

Quizá pasaron horas hasta que pude conciliar el sueño en el incómodo sillón del hospital. Había tenido que pasar por casa para cambiarme, pero no pude dejar el dinero. Aún sin estar segura de que esto era lo que debía hacer, admiré el reflejo del sol entre las persianas de la habitación. Miré de refilón a Alba, tumbada en el otro sillón, y a mamá en la cama. No debía faltar mucho para que el doctor pasase a verla y quise aprovechar para leer los papeles que Alejandro me había dado la noche anterior.

Alejandro era uno de los motivos de mi desvelo. ¿Cómo un hombre tan inteligente, divertido y guapo necesitaba la compañía de una niña como yo?

—Buenos días, Lu.

Me sobresalté al escuchar a mi hermana, de inmediato disimulé el convenio que tenía en manos.

—Buenos días, Alba. ¿Qué tal has dormido? —pregunté con una ligera sonrisa.

—Mal, el sillón es incomodísimo.

—Lo sé, cielo, pero es lo que hay. Ya te dije que podías quedarte con la vecina —dije, levantándome—. Escucha, Alba, vuelvo en media hora, ¿vale? Tengo que hacer unas gestiones.

Mi prioridad era pagar los recibos y la universidad, no quería quedarme sin luz y agua caliente estando mamá en estas condiciones.

—¿Dónde vas? —preguntó ella, curiosa.

—Ya te lo he dicho, voy a hacer unas gestiones. Volveré rápido, te lo prometo.

—Vale.

Me acerqué a mi hermana y besé su coronilla. Salí corriendo del hospital con el dinero a buen recaudo. Anduve por las calles muy temprano, siendo la primera en entrar al banco y hablar con el director. Transferí el dinero necesario para la universidad y aproveché para preguntar por mi libreta bancaria donde tenía algunos ahorros. Ya que la de mi madre había sido embargada, solo teníamos la mía. No tenía mucho, pero iría ahorrando poco a poco.

Salí del banco en poco tiempo. Entonces fue cuando me dirigí a pagar las facturas de la luz y el agua. Acabé agotada de tanto correr. Decidí sentarme en un banco que había en la calle y respirar con tranquilidad. De lo que me había dado Alejandro aún me quedaba algo de dinero para hacer la compra, nada excesivo, pero me apañaría.

Llamé a Naomi, necesitaba hablar con ella.

—Estas no son horas de llamarme, ¿lo sabes? —preguntó, adormilada.

—Disculpe usted, marquesa, pero creí que le interesaría saber que ya tengo las facturas pagadas —dije, irónicamente.

—¿Eso significa que no te vas de la universidad? —preguntó, contentísima.

Juraría que, conociéndola, se habría levantado de la cama de la sorpresa.

—Así es, así que más te vale coger apuntes porque en cuanto mi madre se recupere vuelvo.

—Vale, vale, captado. Nada de dormir en las clases. —Naomi bostezó—. Tía, me quedan aún diez minutos para que suene el despertador. Esta tarde voy a verte y hablamos.

Reí. Me levanté del banco y volví a andar camino al hospital.

—Vale, chao.

Naomi colgó y guardé el móvil. Cuando llegué, me sorprendí al ver a mamá levantada y firmando el alta médica. Nos fuimos a casa dando un agradable paseo pues el tiempo acompañaba y a mamá le vendría bien tomar un poco el sol.

—Alba, ¿te gustaría volver a las clases de música? —le pregunté.

Mi hermana me miró con los ojos abiertos.

—Me encantaría —parecía triste—, pero no nos lo podemos permitir.

—Bueno —mentí—, estoy bastante segura de que me cogerán en un trabajo.

—¿Tienes una entrevista, hija? —preguntó mamá.

—Sí —pensé rápido para que mi mentira pareciera real—, es en una revista *online*.

—Me alegro mucho, cielo. —Nos paramos delante de una tienda de ropa.

—Volver a las clases de música estaría genial —comentó Alba.

—Lo sé.

Llegamos a casa y Alba se quedó con mamá, aprovechando la tarde para hacer deberes y cuidar a los vecinos. Por mi parte, llamé a Naomi y le dije que tenía que ir a comprar. Me encontré con ella en el supermercado de mejores ofertas, no podía derrochar el dinero. Sin embargo, cuando me encontraba a solo una calle del supermercado, una mano agarró mi brazo de forma brusca. Me asusté, pero al girarme vi que era Roberto. Respiré tranquila. No obstante, no me gustó la forma en la que me agarró. Sus facciones estaban tensas, duras. Como si estuviese cabreado.

—Hola, Rober, me habías asustado —dije mientras me soltaba de su agarre.

—¿Con quién estabas ayer? —preguntó sin tapujos.

Tragué saliva. No era posible que me hubiese visto con Alejandro, no era posible.

—¿A qué te refieres? —Sonreí de forma nerviosa.

—Ayer, en el restaurante italiano. ¿Quién era el tío con el que estabas?

¡Mierda! Si era posible. Mis manos comenzaron a sudar. Lo miré a los ojos, sorprendida.

—Es un amigo —dije—. Además, ¿qué te importa? —pregunté.

—Hace un tiempo te pedí una oportunidad y me dijiste que no, dijiste que no querías una relación y ayer te encuentro con ese hombre... ¿Piensas que soy tonto?

—No me controles, Roberto. —Enfadada, quise comenzar a caminar, pero me lo impidió.

—¿Qué tiene él que no tenga yo? —preguntó—. ¡No entiendes que yo te quiero!

—No grites —insistí—. Esto no va contigo, Roberto. Ya te he dicho que es un amigo, te guste o no tengo el derecho de rehacer mi vida de la forma que quiera.

No le dejé decir una palabra, me fui corriendo al supermercado donde me esperaba Naomi. Al verme agitada se asustó.

—Tía, ¿pasa algo?

—Roberto me ha pillado con Alejandro y me ha liado una en medio de la calle... ¡Dios! Todo me pasa a mí. —Entramos al supermercado y agarré una cesta.

—¿Qué me cuentas? —preguntó sorprendida.

—Lo quiero como un amigo, ¿sabes? Pero nada más. No entiendo que no quiero nada serio ahora y encima me reprocha que hace unos meses me pidió una oportunidad.

—¿Qué vas a hacer con él? —preguntó Naomi. Agarré varias bolsas de pasta y las eché a la cesta.

—¿Con Roberto o Alejandro?

—Con ambos, ya que estamos...

—Pues con Roberto no sé, no quiero que me controle de esa forma. —Agarré unos dulces de oferta y varias bolsas de pan de molde.

—Está celoso.

—Ya, pero es que no me atrae de esa forma. ¿Qué hago? Con todo lo que tengo encima no quiero algo serio —dije.

—¿Y con Alejandro? —preguntó.

—No lo sé, tía, necesito el dinero. Parece amable y comprende mi situación. De momento, esa es la mejor opción. Por lo menos hasta que encuentre un trabajo estable.

—Me dio una buena impresión. ¿Has leído los papeles que te dio? —Naomi cogió verduras y frutas.

—No me ha dado tiempo. Me dijo que iba a ser algo hablado, pero que quería dejarme en claro lo que necesitaba de mí. De ahí la especie de contrato que me dio.

Naomi me acompañó a casa y saludó a mi madre, me pasó los apuntes e insistió en que llamase a Alejandro lo antes posible. Aproveché la tarde para ponerme al día con los estudios y la casa. Alba me ayudó a hacer la cena mientras mamá descansaba en el sofá. Alba se sorprendió de ver tanta compra en la nevera. Reí ante sus gestos.

—¿Nos ha tocado la lotería? —preguntó chistosa.

—He ido a por las ofertas, no veas lo que me han cundido cincuenta euros.

—Me encantaría poder daros más, niñas —comentó mi madre desde el sofá.

—No te preocupes, mamá, lo que importa es que estemos bien. Si consigo el trabajo —mentí—tendremos un sueldo fijo en casa. Iremos un poco hasta arriba, pero juntas podremos superarlo.

—Eso seguro, hermanita. —Alba me guiñó un ojo.

Cenamos las tres viendo la televisión y cuando me fui a la cama aproveché el momento de soledad para leer lo que Alejandro esperaba de mí:

### *Cláusula uno*

*La señorita dispondrá de tiempo para acompañar al señor Alejandro Arias, alias Aries88, a reuniones, eventos y viajes laborales.*

*Cláusula dos*

*La señorita tendrá su propia habitación.*

*Cláusula tres*

*La señorita dispondrá de un sueldo superior a mil euros, quedando con el señor Arias de viernes noche a domingo noche dejando así los días entre semana libres.*

*Cláusula cuatro*

*Todos los viajes, eventos, gastos extras, etc. serán pagados por el señor Arias.*

*Cláusula cinco*

*Se prescinde de sexo. En ningún caso, será obligatorio mantener relaciones sexuales con el señor Arias. (...)*

Las cláusulas seguían en torno a mis actitudes con Alejandro. No había nada fuera de lo normal a mi parecer. Suspiré, dejé los papeles a un lado y agarré el móvil. Saqué la tarjetita que me dio y marqué su número.

Un pitido.

Dos pitidos.

—¿Sí? —Solo escuchar su aterciopelada y masculina voz me daban escalofríos, y no por miedo.

—¿Alejandro? —pregunté, tartamudeando.

—Buenas noches, Lucía, pensé que no me llamarías. —Juraría que tras el teléfono había una sonrisa por su parte.

—Siento haber tardado tanto —me disculpé de inmediato escuchando una carcajada leve en respuesta.

—No te preocupes, no tienes porqué disculparte. Entiendo que esta situación es complicada, ¿has revisado los papeles que te di?

—Sí —contesté.

—¿Y?

—Acepto las condiciones, Alejandro, pero nada de sexo. Hago esto por necesidad, no soy ningún tipo de prostituta —le dejé claro.

—Por supuesto, Lucía. ¿Te parece bien quedar este fin de semana? Tengo un evento muy importante y me gustaría que asistieras conmigo.

—Claro.

—Será una cena formal. Me gustaría que vistieras de forma elegante. También me gustaría darte una tarjeta para tus gastos. O cómo lo prefieras, Lucía. —Mi boca se abrió de par en par.

—¿Una tarjeta? No hace falta, Alejandro, te lo agradezco pero...

—Pero nada, Lucía. ¿No quieres la tarjeta? Vale. Podemos hacerlo de forma tradicional, transferencia bancaria si así te sientes más segura.

—De verdad que esto no hace falta. —Reí un tanto sorprendida. Alejandro rio entre dientes.

—Estos gastos van a mi nombre, Lucía —dijo.

—Ya, pero no quiero aprovecharme de ti.

Alejandro volvió a reír.

—Haremos algo, Lucía. ¿Qué te parece si quedamos para tomar un café mañana? Si no tienes nada que hacer, por supuesto.

—¿Mañana? —pregunté sorprendida—. Cla... claro.

—Te mando mañana por la mañana un mensaje y concretamos. Que tengas una bonita noche, Lucía.







## Capítulo ocho

*9 de septiembre de 2017*

A la mañana siguiente, el despertador sonó a las ocho. Impertinente como solo él, tuve que abrir los ojos para apagarlo. Estaba cansada, pero debía ir a la universidad ahora que mamá estaba bien. Me levanté y me vestí, agarré una bandolera donde metí varios trabajos, un estuche y algunos apuntes que nos habían mandado junto a mi ordenador portátil.

Al salir de mi habitación fui al baño. Hice mis necesidades, me lavé la cara, los dientes y me peiné. Decidí dejarme el pelo suelto, estaba ondulado. Me miré en el espejo y sonreí, hoy estaba nerviosa por la cita con Alejandro.

Ese hombre era mi Robin Hood. No podía evitar sentirme nerviosa cuando se trataba de él. Hoy habíamos quedado para concretar el tema del evento que tenía y al que quería que le acompañase.

—¡Venga que llego tarde al instituto! —me gritó Alba golpeando la puerta del baño.

Reí y salí.

—Todo tuyo.

—¡Joder! Vas muy guapa, ¿hay alguien especial para que hoy estés radiante? —preguntó pícara.

—¡Mira que eres tonta! —exclamé, yendo hacia la cocina.

Hoy, mamá estaba preparándonos el desayuno. Tenía mejor color de piel, quizá la quimioterapia estaba funcionando. Aunque esto era así, un día estaba bien y otro mal.

—Buenos días, mamá, ¿qué tal te encuentras?

—Buenos días, hija —respondió—. Hoy me siento con fuerzas, luego iré con la vecina a dar un paseo.

—Me parece bien, mamá. Me alegro de que estés más animada —dije, sonriéndole.

Alba salió del baño ya vestida. Entonces, las tres nos dispusimos a desayunar con la televisión de fondo. Alba nos dijo que pronto tendría los primeros exámenes y que quería sacar las mejores notas. En cambio, yo esperaba poder seguir el ritmo de las clases. Había faltado varios días, Naomi me había pasado apuntes, pero no era lo mismo.

Cuando terminé de desayunar, sin dejar que mamá recogiese la vajilla, lo recogí todo y metí en la bandolera algo para comer entre clases. Alba se fue con una amiga a clase y yo cogí el metro para ir a la universidad.

En la puerta me esperaba Naomi, preocupada. Se le notaba en el rostro. Estaba inquieta y no paraba de mirar a todos lados. Cuando sus ojos hicieron contacto con los míos, echó a correr en mi dirección.

—¿Te encuentras bien? —pregunté alarmada—. ¿Ha pasado algo?

—Roberto ha ido diciendo que has pasado de él por un tío un tanto mayor. Lucía, no para de ir diciendo que eres una cualquiera, una mentirosa.

Me alarmé. Lo último que necesitaba era que todos se enterasen de mi situación por el bocazas y celoso de Roberto. Me estaba dando a demostrar que no era el tipo de persona que yo pensaba.

—¿Han dicho algo? ¿Ha dicho algo más? —pregunté, andando hacia nuestro sitio.

—No, solo que está indignado. —Naomi se paró en seco—. ¿Qué vas a hacer?

—De momento —tomé aire—, cantarle las cuarenta a Roberto por gilipollas.

Enfadada, me acerqué. Su actitud me había decepcionado. Me daba la espalda, por lo que agarré su hombro y lo obligué a girar. Me daba igual que el resto del grupo estuviese delante, no era nadie para controlarme de esa forma.

—¿Soy una cualquiera, Roberto? —le pregunté—. ¿Quién te has creído para juzgarme de esa forma?

Me miró con una ceja alzada y con los brazos cruzados en su pecho. Los demás nos rodearon intentando no crear un barullo. Me negaba a gritarle.

—¿Tengo que recordarte quién me dijo que no quería nada con nadie? ¿Quién era el hombre de la otra noche entonces? —preguntó de forma agresiva.

—¿A ti que te importa? No te metas en mi maldita vida, salgo con quién quiero. ¿Te enteras? —exclamé.

—¿Eso significa que ya te lo has tirado? No has tardado mucho, Lucía, tu actitud de perra me decepciona —dijo, con los ojos entrecerrados y una sonrisa ofensiva en sus labios.

No lo dudé en ningún momento, le di una bofetada que hizo que girase la cara. ¿Quién se creía él para hablarme así? Algunas personas a nuestro alrededor se percataron de lo ocurrido y se acercaron a husmear.

—Por lo menos él sabe tratar a una mujer, no como tú.

Roberto había sido una parte importante de mí, pensé que comprendía que lo nuestro no era posible porque no sentía más allá de una amistad por él. Pero no. Años después, luego de muchos intentos por su parte, me demostraba que era un hijo de la gran puta. Nunca lo había visto con esa actitud tan brusca, normalmente era un chico muy cariñoso. Me di media vuelta ante el asombro de mi pequeño grupo y me fui a clase seguida de

Naomi. Ella aún estaba alucinando. Ni yo misma me creía capaz de ser tan fría con Roberto, bueno, ni con Roberto ni con nadie.

Al entrar a clase los cuchicheos sobre lo que había ocurrido rondaban las bocas de nuestros compañeros. Rodé los ojos, sentándome al lado del gran ventanal en última fila. No estaba para aguantar tonterías de nadie. Naomi se sentó a mi lado y la miré.

—Ha sido alucinante —dijo bajito.

—Se lo merecía por imbécil.

—Y que lo digas, no tiene sentido que te hable así. —Naomi sacó de su mochila el móvil. Entonces recordé que Alejandro había quedado en mandarme un mensaje para concretar nuestra cita de hoy. Maldije por lo bajo y saqué el móvil—. ¿Pasa algo?

—Ayer llamé a Alejandro y quedamos en que concretaríamos una cita para hoy.

—¡Habéis quedado otra vez! —exclamó sorprendida.

—Baja el volumen, tía, que te van a escuchar los del otro pabellón.

Desbloquéé el móvil y vi que tenía un mensaje de Alejandro.

—¿Qué te dice? —preguntó Naomi. Leí su mensaje con atención—. ¡Dímelo!

—¡No grites! —exclamé—. Me ha dicho de quedar a comer ya que a primera hora de esta tarde tiene una reunión.

—¿Qué le vas a responder?

—Necesitamos quedar para hablar de un evento que tiene el sábado y quiere que le acompañe —dije dubitativa—. Quería aprovechar y comer con mamá y Alba...

—Vaya marrón —comentó Naomi torciendo el gesto.

Después de pensarlo mucho, decidí responderle. Necesitaba el dinero y la verdad era que tenía muchas ganas de ver a Alejandro. Disfrutaba mucho de su compañía.

Claro, me encantará  
comer contigo. ¿A qué  
hora y dónde?

Le di a enviar y esperé a que me respondiera. El profesor entró y tuve que silenciar el móvil. Me concentré en la clase hasta que el móvil vibró en mi pierna. Con disimulo, lo cogí y vi la respuesta de Alejandro.

¿A las dos en el  
restaurante Santceloni?

Claro, nos vemos allí.

Volví a dejar el móvil en mi pierna, pero su vibración volvió a distraerme de la clase. Volví a cogerlo y lo desbloquéé. Era Alejandro.

¿Quieres que vaya a recogerte  
a la universidad? Solo dime  
hora y dónde e iré para que no  
tengas que darte la caminata  
del siglo.

Pensé en la posibilidad de que Alejandro viniese a recogerme, me daba vergüenza, pero era lo mejor para no llegar tarde.

Claro.

Si no te importa recógeme en  
la calle paralela a la entrada  
de la universidad a la una y  
media. Gracias, Alejandro.

Nos vemos pronto.

Perfecto, nos vemos  
pronto, Lucía.

Naomi me codeó, el profesor estaba mirando para nuestro lado. Guardé el móvil y presté atención a la clase. Tomé apuntes y pude reincorporarme sin problemas a las clases. A la hora del descanso le mandé un mensaje a mamá y a Alba diciéndoles que me iba a quedar un rato más en la universidad para recuperar las clases perdidas. Mentira, pero no iba a decirles que había quedado con un hombre que me daba dinero a cambio de quedar conmigo.

Mi madre estaría enferma, pero la bofetada que me daría sería de película.

—¿En qué has quedado con él? —me preguntó Naomi por lo bajo.

—Iré a comer con él —le dije, escuchando al profesor decir que la clase había acabado.

Naomi y yo recogimos nuestras cosas y nos dirigimos a la zona de árboles para estar con nuestra pandilla. Allí, aún enfadado, estaba Roberto. Me negué a dirigirle la palabra tan siquiera, solo hablé unas cuantas palabras con él cuando me metían en la conversación.

—¿Vendrás con nosotros el sábado, Lucía? —me preguntó Paula, agarrada de la mano de su novio.

—No creo, tengo ya un compromiso.

—¿Con tu nuevo ligue el ricachón? —preguntó en forma de burla Roberto.

Me giré hacia su persona y lo miré mal.

—Sí, ¿pasa algo? —Me crucé de brazos.

—¡Oh, no, no! Solo que ya comienzas a cambiar a ese viejo por tus amigos. Roberto se estaba pasando tres pueblos.

—¿No te has parado a pensar que lo que encuentro en él no lo hice en ti? —Roberto abrió los ojos. No iba en serio, Alejandro era un hombre amable, pero no lo conocía tanto como para asegurar algo así.

—Roberto, deberías callarte la boca, Lu puede hacer lo que quiera con su vida. —Paula salió en mi defensa.

No quise seguir escuchándolos y decidí irme hacia mi última clase, dos horas seguidas con la misma profesora de japonés. Naomi, como siempre, salió corriendo para pillarme. Ambas entramos a clase y charlamos hasta que la profesora entró. Naomi me puso nerviosa con tanta pregunta sobre Alejandro. Al final, acabé mirando la hora del móvil cada dos por tres, esperando a que fuera la una y media para que viniese a recogerme. Necesitaba eso que Alejandro me daba, amabilidad y alguien maduro con quien hablar.

La profesora de japonés dio por finalizada la clase y salí pitando hacia el lugar donde había quedado con Alejandro. Estaba todo lleno de estudiantes, Naomi se colocó a mi lado. Comencé a mirar de un lado a otro para buscarlo.

—Mira, está ahí. —Naomi señaló con la cabeza un coche negro de alta gama—. Madre mía, qué pedazo de coche que tiene el tío.

—Nos vemos mañana, Naomi, luego te llamo —le dije, respirando para tranquilizarme.

Agarré mi bandolera y me dirigí hacia el coche. En una esquina vi a Roberto mirándome con los ojos entrecerrados. Pasé de él y llegué a la puerta del copiloto del coche. La ventanilla tintada se bajó. Retuve todo el aire en mis pulmones cuando lo vi con unas gafas de moda y el pelo revuelto. Me sonrió y sentí que me moría.

—Buenas tardes, Lucía, ¿vamos?

—¡Claro! —Me subí al coche y me abroché el cinturón. Alejandro cogió la bandolera y la puso detrás.

—Hoy vas muy guapa —dijo, encendiendo el coche.

Me sonrojé y respondí con voz tenue.

—Gracias.

Alejandro condujo hasta el restaurante. El viaje fue corto y ameno. Alejandro me preguntó por las clases. A la hora de salir, me ayudó a bajar de forma caballerosa y me guio hasta nuestra mesa. Nos sentamos y pronto vinieron a pedirnos la comanda. Me sentía un poco incómoda, toda mujer que estaba a mi lado iba con ropa fina y cara, me miraban por encima del hombro y tenía que morderme la lengua para no decirles cuatro cosas.

—Ignóralas, vas preciosa —habló Alejandro.

—¿Qué? —Estaba tan distraída que no me percaté de que Alejandro estaba pendiente de mí. Él rio por lo bajo y levantó la mirada de su carta.

—Que vas preciosa, Lucía, ignora a las otras mujeres.

Asentí un tanto sonrojada y fijé mi mirada en la carta. El *maître* vino a tomarnos el pedido y nos dejó solos entre la multitud de mesas que se encontraban en el restaurante.

—Tenemos que concretar el evento del sábado —dijo, bebiendo de su copa.

—Es verdad —susurré—. ¿Qué tipo de evento será?

—Un cliente dará una fiesta benéfica para recaudar dinero para una ONG, será un evento formal y estarás rodeada de gente muy importante. De ahí que quiera que vayas con lo mejor. Las mujeres de ese entorno pueden ser muy crueles y hablarán más de la cuenta, lo último que quiero es eso —me explicó. Bebí de mi copa mientras asentía—. Serás mi pareja, mi novia.

El líquido se me atragantó en la garganta y comencé a toser. Su novia había dicho. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no salpicar ni escupir el vino. Pensaba que solo iba a ser su acompañante, no su pareja. En el contrato no ponía nada de actuar. ¿Desde cuándo había pasado a ser actriz? Esa nunca había sido mi vocación.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Sí, me ha tomado por sorpresa, nada más.

—He sido muy brusco, lo siento —se disculpó.



—No sé fingir, Alejandro. ¿Cómo voy a hacerme pasar por tu pareja? —le pregunté en un tono bajo.

El *maître* nos trajo los platos.

—Porque sé que eres tú la indicada, Lucía.

Alejandro metió la mano en uno de los bolsillos internos de su chaqueta y sacó un sobre pequeño. Lo puso en la mesa y lo deslizó hasta mí. Miré el sobre, luego lo miré a él y así repetidas veces.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Es la tarjeta que te dije. Quiero que la utilices cuando lo necesites.

—No pienso aceptar esto, Alejandro —me negué.

—¿Entiendes que quiero que vayas espléndida? —Sonrió de lado—. Lucía, eres preciosa, pero a este tipo de eventos va gente muy sofisticada, por no decir pija. —Me hizo reír—. Quiero que vayas a las tiendas más caras y te compres lo que creas necesario.

—De verdad que esto es demasiado, Alejandro.

—Por favor, deja que comparta mi dinero contigo.

Estaba decidida a devolverle el sobre, pero su mano se posó sobre la mía y me lo negó.

—Esto no es compartir, Alejandro. Me estás pidiendo que gaste una cantidad indecente de dinero en algo que solo me voy a poner una vez.




—Viéndolo así, es verdad —dijo, dubitativo—. Aún así, quiero que te quedes la tarjeta. Es tuya, no tiene límite. Puedes gastar lo que quieras y necesites.

—¿Cómo qué no tiene límite? —pregunté un tanto exaltada—. No, no. Quiero que pongas un límite.

De repente, nos quedamos mirándonos a los ojos. Alejandro los achinó y me miró por unos segundos que se me hicieron eternos. Cogí mi copa y bebí, mirando hacia otro lado.

—Eres diferente, me gusta.

Su sonrisa me deslumbró. Suspiré, era muy atractivo.

- 
- ¿De qué límite estamos hablando? —preguntó, comiendo.  
—Un límite razonable.  
—Está bien, la tarjeta tendrá un límite de cinco mil euros,  
¿qué te parece? —preguntó, comiendo.  
—Mil —dije, probando el primer bocado.  
—Tres mil y es mi última oferta.
- 
- 

# Alejandra

Pensé en desistir en mi búsqueda de la candidata perfecta. A toda mujer que conocía le faltaba algo, no terminaba de convenirme. Era exigente. La vida me había hecho así por desgracia. A mis treinta y un años no debería ser complicado encontrar a una mujer, en realidad no me costaba encontrar un ligue para pasar la noche, pero esto era aún más complejo.

Había probado de todo para encontrar a la mujer perfecta, pero a todas las mujeres que conocía les ponía un pero. Fer, mi mejor amigo, estaba harto de mí. Él era el único que sabía de mi situación crítica y fue quien me recomendó la web. Me hizo pensar en que quizá podría ayudar a alguna chica en su vida con la cantidad de dinero que ganaba yo. No me parecía mal, el problema llegó cuando las chicas mentían para conseguir la pasta. No hay cosa que más odie que las mentiras. Hasta que Lucía llegó de forma sorpresiva. Era diferente a las otras, así me lo demostró en su foto de perfil. En ella no mostraba su cuerpo sino que se centraba en sus expresivos y bonitos ojos. Tenía una sonrisa preciosa. Leí su descripción y me atrajo de inmediato. Una chica que, al parecer, estudiaba idiomas. Era muy bella, eso no cabía en discusión, pero ¿sería todo fantasía para cazar a un richachón? Le hablé, esperando su respuesta. Estuve día y medio esperando, algo desesperado y entrando cada dos por tres en su perfil para ver su foto. Era joven, tenía solo veintidós años. Sin

embargo, esos ojos azules como el mar Caribe se incrustaron en mi mente. No podía dejar de mirar su foto embobado.

Ese día y medio fueron una tortura. Fer estaba que me mataba en el bufete. Él más que nadie sabía que estaba bastante desesperado, pero que no iba a confirmarme con quién fuera. De cierta forma, antes de investigar y meterme en el mundo de los *Sugar Daddy* y *Babies* pensaba que era una especie de prostitución camuflada. No obstante, me había dado cuenta de que había chicas jóvenes que no tenían otra opción para pagarse los estudios.

Me negaba a mantener relaciones con una de estas chicas. ¿Cómo podría? Había gente muy mala y aprovechada que solo quería buscar un juguete sexual en estas jóvenes desesperadas. Pero yo no.

El día que me contestó Lucía fue inolvidable, estaba ya perdiendo la esperanza y ahí tintineó la notificación. Sin embargo, aún dudaba. ¿Y si me mentía? ¿Y si era igual a todas? Para comprobar su nivel, decidí invitarla a charlar en un restaurante italiano. ¿Qué decir? Me dejó estupefacto.

Cuando la vi allí sentada el corazón me dio un vuelco, tenía una expresión tierna y ni hablar de sus increíbles ojos azules. Debería ser ilegal ser tan bonita. No solo había elegancia, simpatía y belleza en Lucía sino que también había inteligencia. No me mintió. No dudé en darle unos papeles para concretar lo que necesitaba de ella. Quería asegurarme de que comprendiese que no quería que fuese una prostituta. ¿Y si no aceptaba lo que le proponía? Sería un desastre.

Podía parecer estúpido, pero me encantaba charlar con ella. Siempre tenía algo que preguntar u opinar, era muy curiosa. Aunque me negué a contarle parte de mi pasado, aún dolía hurgar en aquella herida. Ninguno de los dos quería dar las razones del porqué había llegado a esa página web, en parte me desagradó no saberlo. Una parte de mí estaba cautivado por su voz

armoniosa y suave. Y la otra prendía de un fino hilo de cordura cuando la miraba a los ojos.

Fer se quedó igual que yo cuando vio su fotografía, estuvimos todo el día hablando de Lucía. Fer se interesó mucho, pues era el único que conocía de mi situación algo desesperada.

Estábamos en el bufete, en mi despacho para ser más concretos. Me encontraba mirando unos papeles del caso que me había llegado y pendiente del teléfono para ver si Lucía me llamaba diciéndome que aceptaba el trato. Fer entró sin avisar, él era así.

—¿Cómo lo llevas? —me preguntó sentándose frente de mí.

Aún estando vestido de traje, Fer tenía esa actitud de adolescente que siempre lo ha caracterizado. No entiende que ya ha entrado en la etapa de los treinta y debería madurar. Se sentó de forma que su trasero quedaba a escasos centímetros del borde de la silla.

—Bastante bien. —Le eché una ojeada al teléfono—. Pero Lucía no me llama.

Fer se echó a reír.

—Eres incorregible, cuando quieres algo estás ahí hasta que lo consigues.

—Ya no es eso, idiota —exclamé—. Esto depende solo de ella. Lo último que haría sería obligarla, pero me inquieta que tarde tanto en llamarme.

—Te llamará, ya lo verás. —Fer agarró un caramelo de un cuenco dónde tenía y se lo metió a la boca—. No te desesperes.

Sucedió lo que dijo Fer. Me pasé toda la mañana pendiente del móvil y, una vez que llegué a casa a altas horas de la noche, recibí una llamada de un número desconocido.

Era Lucía.

Su afirmativa me hizo quitarme un peso de los hombros. Saqué un *tupper* del frigorífico y cené frente a la televisión con Lucía aún en mi mente. ¿Cómo se podía ser tan mona? Se había mostrado muy humilde al rechazar mi propuesta de una

tarjeta, pero era lo mejor para ella. Al final, acabé consiguiendo lo que más ansiaba.

Volver a quedar con Lucía antes del evento que tenía la noche del sábado.

Era esencial que fuese lo más elegante posible sino la gente hablaría y tendría que enfrentarme a ella. En mi mundo las apariencias lo eran todo. Sobre todo si eras un Arias.

Me acosté temprano, esperando que el día llegase para poder ver a Lucía. Los nervios me carcomían, ¿por qué sentía esto por esa niña?

A la mañana siguiente, después de trabajar y hablar con Fer, fui a recogerla a la universidad. La vi llegar hasta mí sonriente, pero hubo algo que no me gustó.

¿Quién coño era el chico que la miraba de forma demoledora desde la entrada? Le sostuve la mirada un bien rato hasta que decidí iniciar la marcha hacia el restaurante donde concretaríamos el evento del sábado.

Al llegar, noté las miradas de las mujeres sobre Lucía. Supe que se sentía incómoda. Pero ella no tenía nada que envidiar, estaría bellísima con un saco de patatas como ropa. Hablamos sobre el evento, insistí en que la tarjeta no tuviese límite. Sin embargo, Lucía volvió a sorprenderme. Se notaba a la legua que no quería aprovecharse de mí, cualquier otra hubiese aceptado mi propuesta sin miramientos.

Tres mil euros.

Para mí ese dinero no era nada, tenía buenos clientes y varios negocios. Mi familia era adinerada. Esa cantidad era mínima en comparación con lo que ganaba a diario.

Después de comer llevé a Lucía a su casa, me dijo que la dejase en la calle paralela para no llamar mucho la atención. Me despedí de ella y comencé a conducir hacia casa. En comparación con el de Lucía, mi edificio estaba en una de las mejores zonas de Madrid. No obstante, cuando cerré la puerta de casa, mi

teléfono comenzó a sonar. Tenía la esperanza de echarme un rato antes de irme a la reunión, pero no pude.

Esa maldita llamada me puso de muy mal humor.



Quedar con ella era mi única salida a toda la mierda que se me echaba encima.

Habíamos quedado puesto que tenía una reunión importante con un cliente. La recogí de nuevo donde me dijo y nos dirigimos al lugar de la comida. Pero ella estaba retraída, apenas hablaba. Lo que menos me gustaba era verla de aquella forma tan triste.

Supongo que sería por haberla avisado de un día para otro y con prisas. Era mi culpa.

Cuando terminó la comida nos despedimos y fuimos hasta mi coche, la escuché suspirar.

—¿Pasa algo, Lucía? —le pregunté antes de arrancar.

—Estoy estresada. —Me sonrió—. No me siento del todo bien en este tipo de cosas, tengo que acostumbrarme. —Miró sus pies.

—Sé que ha sido todo repentino, lo siento si eso te ha impactado —me disculpé.

—No te preocupes. —Rio por lo bajo—. ¿Te apetece ir a tomar un helado?

—¿Un helado? —le pregunté sorprendido, nunca nadie me había propuesto algo así.

—Sí —respondió—. Un helado y un paseo en barca por el Retiro. ¿Qué te parece? Tú también pareces algo tenso.

Decidí aceptar su proposición. Fuimos en coche hasta el Retiro y me llevó por todo el parque contándome su día en la universidad. Era sorprendente lo inteligente que llegaba a ser una niña de tan solo veintidós años. Sin embargo, lo que más me gustó fue verla sonreír y reír ante mis anécdotas de la

universidad. Su perfil era bellissimo, toda ella era una belleza. No podía evitar desviar mi mirada para mirarla fijamente mientras paseábamos.

Me llevó a un puesto de helados que había por allí y pidió uno grande para los dos. Nos lo comimos siguiendo el paseo hasta llegar al lago.

Nunca había montado en barca, pero fue de lo más gracioso vernos a los dos ahí metidos y a punto de caer nos al agua.

Nunca olvidaría este día.

Nunca.





## Capítulo nueve

*10 de septiembre de 2017*

—¿Te ha dado esta tarjeta con tres mil pavos para que te compres lo que haga falta?

Naomi estaba tumbada en mi cama, asombrada con la tarjeta color plata que me había dado Alejandro. No podía parar de dar vueltas a mi habitación, la puerta la tenía cerrada y Naomi procuraba hablar en voz baja para que mi hermana y madre no se enteraran de la situación. Acabé sentándome en el borde de mi cama y asintiendo. Cogí la tarjeta de sus manos y la miré.

—Sí —dije—. Alejandro quería que la tarjeta no tuviese límite.

—Vaya, vaya...

—¿Solo vas a decir eso? —le pregunté, ofuscada.

—¿Qué quieres que diga? Aprovecha la situación. Alejandro te ha dicho que te compres algo espectacular para el sábado —habló.

—Eso ya lo sé, pero no quiero sobrepasarme. Es su dinero.

—Y tú trabajas para él, ¿qué más da? Quiere que vayas resplandeciente a ese evento —habló Naomi.

Fruncí los labios en señal de desacuerdo.

—Ya sé que esto no va contigo, pero aprovecha la ocasión. Yo con el mío no hago estas cosas, no vamos a eventos importantes. Normalmente jugamos al Chinchón y al Mus, vemos alguna película antigua y hablamos del día.

—¿Qué edad tiene el hombre? —le pregunté sorprendida.

—Casi ochenta años, el hombre ha encontrado en mí una nieta ya que su familia pasa de él hasta el culo. ¿Sabes lo solo que se tiene que encontrar?

—Me imagino. —Me levanté de la cama con la tarjeta en mano—. ¿Qué hacemos entonces con esto?

—Mujer —Naomi se levantó y agarró la tarjeta moviendo sus cejas— de momento nos vamos de compras porque estamos a jueves y eso es el sábado.

Naomi agarró mi bolso y se puso de espaldas a mí en busca de mi cartera para guardar la tarjeta.

—¿Y estudiar? —pregunté, levantándome y agarrando mis cosas.

—Llevamos en tu casa desde las tres de la tarde estudiando —comentó haciendo pucheros.

—Son solo las seis, Naomi.

—¿Y qué? —gesticuló con los brazos de forma exagerada—. Esto es importante, Lu.

Me quedé pensando un buen rato. Tenía que comprarme algo decente para ir al evento, no podía decepcionar a Alejandro.

—Bueno, vale, pero nada exagerado. ¿Queda claro? Y tengo que buscar alguna excusa para ir y algún lugar donde cambiarme.

Naomi comenzó a saltar alegre.

—Tengo la excusa perfecta —dijo guiñándome el ojo—. Quedaremos en un hotel del centro muy económico y allí te vestirás. Yo me encargo del maquillaje y del peinado.

—¿Y qué le digo a mi madre? —pregunté preocupada—. No está como para que esté mucho tiempo fuera.

—Le diremos que vamos a salir y que te vienes a mi casa por la tarde para hacer un trabajo. Tu hermana estará con ella, Lu.

Me puse una chaqueta ya que hoy hacía más frío en Madrid, típico de aquí, y me despedí de mi madre con la excusa de ir a

dar una vuelta con Naomi. Me sentía fatal por tener que mentir a mi familia. Ellas eran lo más importante, pero no podía contarles nada. ¿Cómo se lo tomarían? ¡Mamá me mataría! No se daba cuenta de la falta de dinero que teníamos, solo sabía cosas milimétricas en comparación con la verdad. Mi padre había dejado de pagar la casa, las facturas se acumulaban y solo me quedé tranquila cuando pude pagar un tanto por cierto de las facturas atrasadas con el dinero de Alejandro. Aún con la angustia metida en el cuerpo, nos dirigimos hacia una de las calles donde se encontraban las tiendas más caras de Madrid. No me gustaba la idea, aborrecía el hecho de gastar dinero ajeno y en cantidad en ropa que solo me iba a poner una vez. Pero era lo que quería Alejandro, más bien lo que necesitaba. Naomi y yo entramos en la primera tienda y la dependienta se acercó con cara de pocos amigos. No era muy normal ver a dos chicas jóvenes en una tienda donde la prenda más barata costaba doscientos euros.

—No permitimos hacer pruebas de los productos a no ser que se vayan a comprar, señoritas —dijo la dependienta.

«¡Vaya! Ya ni saludan», pensé.

—No entraríamos a esta tienda si no tuviésemos dinero, señora.

Naomi hizo hincapié en lo de señora. La dependienta se molestó. No era nuestra culpa, la dependienta debía de ir de bótox hasta las cejas.

—Largo de aquí —habló, su cara apenas podía expresarse.

—Vale, vale —comenté—. Pero no se queje de que pierde ventas.

Agarré a Naomi del brazo y ambas salimos a la calle. Anduvimos unos pasos y comenzamos a reír como dos locas.

—¿Has visto su cara, tía? ¡Madre mía! —exclamó ella—. Se parecía al Jóker.

—Daba miedo. ¿Has visto como hablando parecía una muñeca de porcelana? Apenas movía la boca.

—Qué yuyu. —Naomi fingió un escalofrío—. ¿Vamos a esa tienda? —señaló otra *boutique* de lujo. Hice una mueca de desagrado.

—Bueno, espero que no nos vuelvan a echar sino...

—Las mando a la mierda, así de claro te lo digo —comentó Naomi, llevándome hacia la tienda.

No obstante, como tanto nos temíamos, nos volvieron a echar por mucho que insistíamos en que íbamos a comprar. Les parecía raro que dos jóvenes fuesen a gastarse semejante cantidad de dinero. Me sentía como la protagonista de *Pretty Woman*, ¿qué diferencia había entre ella y yo? Poca, la verdad. Ella se acostaba con sus clientes y yo solo acompañaba a Alejandro a este tipo de eventos. Aunque sentía que tras esa excusa Alejandro tenía otras razones. Que la cuestión era mucho más profunda.

Naomi y yo hicimos una parada para comprarnos dos cruasanes de chocolate, teníamos hambre después de tanta caminata. Hablamos de todo un poco mientras intentábamos encontrar una tienda con vestidos de fiesta adecuados a lo que Alejandro me había pedido, pensábamos que no íbamos a encontrar nada. Estábamos desesperadas. Sin embargo, cuando alcé la mirada de la acera, bastante desanimada por no haber encontrado nada, vi un vestido precioso en un escaparate. Fui hacia la tienda y me apoyé en el cristal.

—¿Te gusta ese? —preguntó Naomi, sorprendida.

—Sí. —Asentí—. Míralo, es precioso.

—Y *sexy*.

—También. —Reí—. Vamos a entrar, ese vestido tiene que ser mío.

Me acerqué hasta la entrada, pero antes de abrir la puerta escuché hablar a Naomi.

—Ya verás Alejandro... —comentó—. Se va a poner muy contento al verte con ese vestido puesto.

Me giré bruscamente.

—¿Por qué dices eso? —pregunté.

—¡Joder! ¿Tú has visto la abertura en la falda que tiene? ¡Vas a ir cañón!

Claro que lo había visto, ¿lo dudaba? Era un vestido precioso y elegante, de manga larga transparente y corpiño de encaje. La falda parecía de seda y tenía una abertura en la pierna izquierda.

—¿Tú qué crees? —pregunté, rodando los ojos—. Pero eso no es lo mejor. —Me di varios toques en la nariz—. Mira el precio.

Naomi miró el precio, abrió los ojos como platos y dijo:

—No me creo que esto cueste tan poco, tía, es de alta costura.

—Lo sé. —Sonreí.

Entramos a la tienda y, para nuestra sorpresa, la dependienta fue muy amable. Le comentamos nuestro caso y le pedimos el vestido que habíamos visto. Tardé un poco en ponérmelo, las dependientas fueron muy amables y me dejaron unos tacones. Tuvieron que cogerme algunos arreglos de última hora, pero todo estuvo listo en un abrir y cerrar de ojos. Salí muy satisfecha de la tienda junto a Naomi, llegué a pensar que no encontraría nada. Seguimos con la búsqueda de un hotel asequible para poder cambiarme y prepararme para el evento. Encontramos uno muy baratito y súper bien equipado.

Naomi se fue a su casa y yo a la mía. Decidida, hice la cena y me di una ducha rápida. Cené en compañía de mi madre y mi hermana para luego irme a mi habitación para repasar. A las once de la noche decidí acostarme en la cama y, sintiendo que el sueño no venía, agarré el móvil y le mandé un mensaje a Alejandro.

Buenas noches, ¿qué tal  
estás? Hoy he ido de compras  
y he encontrado el vestido  
perfecto. Estaré en un hotel,  
¿puedes decirme la dirección  
del evento?

Dejé el teléfono sobre la mesita y cerré los ojos esperando su respuesta. No tardó en llegar en forma de vibración. Deslicé mi dedo por la pantalla y leí lo que me había escrito.

Buenas noches, Lucía, muy  
bien, gracias por preguntar.  
¿Cómo te encuentras tú? Me  
alegro muchísimo de que  
hayas encontrado el vestido  
perfecto. Había pensado en  
ir a recogerte, necesito que  
aparentes ser mi pareja, no  
quedaría bien que llegases  
en un taxi. ¿Me dices en qué  
hotel vas a estar?

No tardé en responde con una sonrisilla en los labios.

No va a ser fácil aparentar ser  
tu pareja, intentaré hacerlo  
lo mejor posible. Estaré en el  
hotel Gran Vía. Respecto a tu  
pregunta, no me quejo jajaja.  
Las compras me han agotado.  
¿Sabes lo complicado que es  
ir a comprar a una tienda

de lujo cuando solo tienes  
22 años? ¡Nos han echado  
de todas! Has tenido suerte  
de que mi amiga sea una  
cabezota de mucho cuidado,  
si fuese por mí no hubiese  
tocado el dinero de tu tarjeta.

Estoy seguro de que lo harás  
genial, Lucía, tú eres la  
única que puede hacer esto.  
Mañana te recojo en el hotel  
a las ocho de la tarde. Te lo  
aseguro. XD Ya veo que no  
te entusiasman mucho las  
compras, pero te propongo  
ir algún día conmigo para  
vengarnos de esas tiendas  
que os han echado. A lo Pretty  
Woman, ¿qué te parece?

Me reí para mis adentros. Alejandro, a pesar de ser más adulto, tenía unas ideas muy divertidas. Nunca lo hubiese imaginado poniendo la típica carita de *Equis De* en un mensaje.

Quizá algún día podamos ir a  
ver a esas brujas que llevan  
bótox hasta en el codo. Se  
parecían al Jóker. XD Me  
gustaría ver sus caras cuando  
aparecieras a lo Richard Gere.  
¡Estupendo! Te esperaré en  
el hotel. Buenas noches,  
Alejandro, que descanses.

Te tomaré la palabra,  
Lucía. Hasta mañana,  
que descanses. Espero  
que no sueñes con esas  
dependientas estilo Jóker XD



# Alejandra



Haber recibido el mensaje de Lucía me tomó desprevenido. ¿Sabes esa sensación cuando el móvil se ilumina y al ver su nombre el corazón se pone a latir a mil por hora? Me encontraba ya en casa, después de un duro día de trabajo en el bufete. La llamada de esa misma mañana me había puesto de muy mal humor, pero ese enfado había desaparecido al recibir el mensaje de Lucía. El simple hecho de intercambiar algunas palabras con ella, aún a través de un sistema informático, había hecho desaparecer todo ese mal humor que llevaba carcomiéndome toda la jornada laboral. ¿Cuánto hacía que no ponía en un mensaje esa típica carita hecha con letras? ¡Años? Me parecían siglos. No obstante, con Lucía había retrocedido a mi juventud. Me sentía vivo después de años en un abismo de amargura que me consumía día tras día.

Con Lucía era todo extraño, me sentía joven de nuevo. Feliz.

¿Por qué me estaba pasando esto? ¿Qué me había hecho esa pequeña chica? Me encantaba estar en su compañía, pero solo habíamos quedado dos veces. Debía admitirlo, me había impresionado desde el minuto cero y no ocurría muy a menudo eso. Era exigente, así me había hecho la vida. Así me habían obligado a ser.

—¿Te encuentras bien, Alejandro? Pareces ido.

Giré sobre mis talones para encontrar a Fer mirándome con una ceja alzada. Se me había olvidado por completo que hoy iba a quedarse en casa por un problema de goteras en la suya.

—¿Con quién estabas mensajeándote? Tenías una sonrisilla de tonto... —comentó riendo.

—No seas imbécil. —Reí—. Era Lucía.

—¿Y qué te dice?

Fer fue dirección al frigorífico, como si estuviese en su propia casa, y sacó dos cervezas y una *pizza* que metió al horno.

—Hablabamos del evento de mañana —dije—, me comentaba que habían encontrado un vestido y que esperaba estar a la altura.

Dejé caer el cuerpo en el sofá, cansado bostecé. Fer no tardó en seguirme, ambos habíamos tenido un día de mierda.

—Mañana por fin la conoceré, estoy entusiasmado por ello. Hacía tiempo que no te veía así.

—¿Así cómo? —pregunté bebiendo de la cerveza.

—Feliz.

Resoplé.

—Es que con Lucía me siento joven. —Volví a beber de la cerveza—. Con ella es fácil hablar, es inteligente y guapísima. Sabes que la belleza nunca ha sido algo en lo que me fijase, pero... ¿Qué quieres que te diga? Lucía tiene esa mezcla que tanto me gusta, inteligencia y belleza a la vez. —Me rasqué la nuca—. Sin embargo, me siento un pederasta al pensar en ella de esa forma. Me llevo casi diez años con ella...

—Mis abuelos se llevaban quince años, no creo que eso sea una excusa.

Miré a Fer con los ojos como platos.

—Mejor dejemos la conversación, no quiero ni debo pensar en ella de esa forma —aclaré—. Esto es como un trabajo, negocios. Nada más. Nunca ocurrirá nada con Lucía.

Fer se echó a reír y dijo:

—Nunca digas nunca, amigo.

Seguido, se levantó y fue a ver la *pizza*. Cenamos viendo la televisión, comentamos un poco el evento de mañana y nos fuimos a dormir. Aún en la cama, seguía con el recuerdo de lo que había hablado con Lucía. De cierta forma me inquieta sentir algo por ella más allá de lo que habíamos estipulado. Ella era una niña con mucha vida por delante como para perder el tiempo con un viejo como yo. Un estúpido viejo de treinta y dos años que necesitaba su ayuda para librarse de aquello que más temía.

Parecía algo totalmente irreal. ¿A qué le podría temer un abogado de prestigio que ganaba millones con cada caso? Aunque parezca mentira, mi gran pesadilla tenía nombre y apellidos. Pero yo la conocía como mamá. Michelle Bernabéu, mi madre, siempre nos había exigido más de lo que, en ocasiones, podíamos dar y ahora no iba a ser diferente. De cierta forma, iba a utilizar a Lucía para que mi madre se olvidase de mí por completo; algo rastrero en mi opinión pero necesario. Su cinismo y ansia de control llegaban a límites infranqueables.

Conseguí dormir ocho horas del tirón, no siempre ocurría, y, a la mañana siguiente, estuve trabajando con Fer en el nuevo caso que habíamos adquirido en el bufete. Lo bueno de tener a mi mejor amigo conmigo eran las risas que nos pegábamos en el trabajo. Ambos éramos los jefes, él era mi mano derecha e izquierda. Mi segundo al mando. Siempre había sido así, Fer siempre había estado ahí. Al final, más que trabajar, no paramos de mofarnos de las estúpidas causas de aquel divorcio entre dos personas muy adineradas. Mi especialidad, entre otras, era coger casos de este tipo. Divorcios de famosos, sobre todo. Según mi madre era el trabajo que más dinero me iba a hacer ganar, estaba en lo cierto. Pero no me metí a la carrera de Derecho para llevar divorcios. Sentía un gran vacío en mi interior cada vez que llegaba al bufete. Teníamos varios especialistas en diferentes temas y cada vez que veía un caso criminal o sobre agresiones hacia la mujer se

me saltaban las lágrimas de la impotencia. ¡Yo quería esos casos! Pero mi madre no lo aceptaría. ¿Cómo voy a estar yo, un Arias, rodeado de criminales o defendiendo a una cualquiera que ha sido maltratada por su marido? Era impensable para ella. ¿Se podía odiar a una madre? ¿A la mujer que te dio a luz? Porque yo la odiaba. Odiaba que controlase mi vida de aquella forma, que me controlase a mí con sus sucios juegos mentales.

—Tío, ¿comemos y nos preparamos para irnos al evento? No sé si te has dado cuenta de la hora, pero solo faltan cuatro horas y yo tengo que ir a la peluquería —dijo, cerrando su portátil.

Reí con ganas.

—¿Es que no puedes arreglarte tú el pelo o qué?

—Sabes que no. —Rio él.

—¿Qué quieres para comer? —le pregunté, caminando hacia la cocina.

—Cualquier cosa que me llene la tripa, luego voy a pasar un hambre que te cagas con esa comida que nos van a poner. —Hizo una mueca de asco.

Saqué la bolsa de pan de molde y comencé a hacer muchos, uno tras otro, y colocándolos en una bandeja. Tuve que reír por las palabras de Fer. Él no era mucho de la comida pija de este tipo de eventos.

—Vamos a un evento de lujo, ¿qué quieres? ¿Que pongan *pizza*? —pregunté, llevando la bandeja hacia la mesita del comedor. Encendí la televisión y me llevé a la boca el primer sándwich.

—No estaría mal —respondió con la boca llena—. Lo digo en serio, son cantidades minúsculas que te comes en un bocado. Por cierto, ¿a qué hora has quedado con la chica?

—A las ocho.

—Por fin conoceré a la chica que ha impresionado a mi amigo. —Sus cejas saltaron a lo Groucho Marx—. ¿Es guapa? ¿Tiene alguna amiga? —Volví a reír, dándole una palmada en el hombro.

—Eres un caso imposible, Fer. Tienen diez años menos que nosotros, ¿qué vas a hacer tú con una jovencita, abuelete?

—Has herido mis sentimientos. —Se hizo el ofendido poniendo una mano en su corazón—. ¿Qué crees que haría con ella?

—Lo más seguro es que cosas indecentes.

—Tú también lo harías, pero esa cabezota tuya no te deja —dijo.

Lo miré con una ceja alzada y contesté:

—No pienso hacer nada con Lucía, otra vez te lo digo. No quiero nada sexual con ella.

—Pero la chica es guapa y te ha impresionado.

—¿Y? —pregunté levantando los hombros.

—Vas a ser su Richard Gere, ya verás. No es normal en ti que una mujer te impresione así como así.

—¿No tenías qué ir a la peluquería? —le pregunté, queriendo dejar el tema.

Lo escuché reír, pero se levantó y anduvo hasta la puerta con dos sándwiches en las manos. No sé siquiera como pudo abrir la puerta, pero, antes de irse, se giró y dijo, guiñándome un ojo: —Nos vemos esta noche, ponte guapo.

Me quedé solo en casa, el silencio solo era roto por la televisión. Al final acabé quedándome dormido durante una hora en el sofá y, cuando eran las seis y media, decidí meterme al baño para comenzar a prepararme.

Salí de casa, cerrando con llave y bajando por el ascensor hacia el garaje para coger el coche e ir a por Lucía. Puse el GPS y llegué antes de la hora prevista. No podía negarlo, estaba un pelín nervioso por verla. Bajé del coche y le mandé un mensaje decidiendo a esperarla para verla.

Estoy abajo.

No tardó en responderme.

Bajo en dos minutos,  
por cierto, vas muy  
guapo de esmoquin.

Me quedé bastante impresionado por su respuesta, pero lo guardé y esperé. No pude obviar ese sentimiento de nerviosismo e impresión cuando la vi salir del hotel. El corazón se me paró en aquel momento. No era normal tanta belleza en aquella niña. Boquiabierto, viendo como se acercaba a mí con ese vestido largo y con una sonrisa que deslumbraba, comencé a mirarla de arriba abajo. Su figura se ceñía a la tela negra, Lucía iba elegante y *sexy*. No pude evitar admirar sus curvas y ese maravilloso escote que le hacía el vestido. Nunca había sido muy fan del encaje, pero esas sutiles piezas colocadas en el vestido astutamente para tapar lo necesario me volvían loco. Mi corazón comenzó a acelerarse con cada uno de sus pasos hacia mí, pero al verme de aquella forma su mirada fue apagándose.

—¿Voy mal? —preguntó con una mueca de tristeza.

—¡No! —exclamé con decisión, sorprendiéndola—. Vas preciosa, Lucía. Me has sorprendido, es solo eso.

—¿De verdad? ¿Crees que estaré a la altura de ese evento?

—¿A la altura? —pregunté—. No, Lucía, te aseguro que vas a ser la estrella que más destaque entre todas.

La vi sonrojarse y reír avergonzada.

—Que cosas dices —exclamó, riendo entre dientes.

Adelanté una mano, con una sonrisa en los labios, y le pregunté: —¿Lista para irnos?

Ella asintió y deslizó su mano por la mía. La llevé hasta su asiento, le abrí la puerta para luego cerrarla. Subí a mi lugar y puse el coche en marcha, mirándola a momentos con disimulo y pudiendo apreciar su belleza natural.



## Capítulo diez



*15 de septiembre de 2017*

No podían descubrirme. Me encontraba en el baño de casa, de nuevo, mintiendo a mi hermana y madre delante de sus narices para sacar adelante a la familia. Era horrible no poder contarles la verdad y que pensasen que el dinero lo sacaba de un trabajo ficticio, pero era lo que debía hacer. Por lo menos había encontrado a un buen hombre que no iba a aprovecharse de mí.

—Me encanta que te hayas animado a salir con tus amigos, hija.

Sonreí a mamá a través del reflejo del espejo del baño. Sin embargo, esa sonrisa no era de verdad, me dolía mentirle. Por dentro estaba rota, pero no podía decir nada. Mamá llevaba unos días con mucho ánimo, había utilizado parte del dinero de Alejandro para un tratamiento más eficaz para que no sintiera esos horribles dolores de huesos. Sin embargo, lo peor estaba por venir. Mamá debía enfrentarse a otra operación pronto, la cual había que pagar.

—Me sabe mal dejarte con Alba, mamá —dije, suspirando. Me giré y agarré el bolso que lo había dejado encima del inodoro—. Se han puesto muy pesados con que salga, pero me sabe fatal dejarte en tu estado.

—Quizá tendría que haber considerado ser actriz, mentir se me daba bastante bien.

—¡Tú por eso no te preocupes, hermana! —Alba se asomó por la puerta y me guiñó un ojo—. Deja que yo cuide a mamá, sal un rato y diviértete.

Me acerqué a ella y revolví su pelo.

—Eres una payasa —hablé riendo entre dientes—. Cuida mucho a mamá y cualquier cosa, llámame.

—Vale, la cuidaré, no te preocupes. Además, vendrá Amaia a hacernos compañía —dijo, mientras yo me dirigía a la puerta—. ¡Y tú liga mucho que quiero tener pronto un cuñado! —exclamó Alba antes de que saliese por la puerta. Escuché a mamá reír y cerré la puerta con una sonrisa ladeada.

«Como si en lo que estuviese pensando ahora fuese en ligar», pensé para mis adentros. Salí dirección al hotel donde ya estaría Naomi con todo preparado, me había dicho que ella se encargaría de recoger el vestido y prepararlo todo en la habitación para cuando yo llegase. No debían ser más de las seis y media cuando entré por la puerta del hotel. Como me había imaginado, ahí estaba Naomi de brazos cruzados. Me iba a montar el pollo del siglo por llegar tarde.

—¿Se puede saber por qué has llegado tarde? —preguntó seria—. ¿Te haces una idea de cuánto cuesta arreglar tu pelo? —suspí con pesadez y me senté en el borde de la cama.

—Lo sé, perdona. —Hice varios pucheros que la hicieron sonreír—. Sabes que me cuesta mucho dejarlas solas.

Naomi se movió por la habitación y me invitó a sentarme delante de un pequeño escritorio que simulaba el tocador de una peluquería.

—Lo sé, pero tú también tienes derecho a divertirte, ¿no? Alba ya es mayor, ella también puede hacerse cargo de tu madre.

—Lo sé —respondí.

—Bueno, ahora calladita que voy a hacer magia con todo este pelo —dijo—. ¿Lista para ser la más bella del evento al que vas a ir con ese buenorro de hombre? —Reí.



—Comienza.

Y así hizo. Naomi era muy buena en lo relacionado con el maquillaje y la peluquería, aunque esto se debía a que su madre tenía un centro de belleza y ella la ayudaba en verano o en ocasiones especiales como bodas o comuniones. Aprovechamos para picotear algún *snack* que me había traído de casa.

—¿Estás nerviosa? —me preguntó.

Agaché la mirada dándole la respuesta.

—Sabía yo que sí que estabas de los nervios. Por cierto, muy bonita la manicura que llevas.

—Gracias —dije, sonriendo—. ¿Cómo quieres qué no esté nerviosa? ¿Y si no llego a las expectativas de lo que Alejandro quiere?

—Con ese vestido vas a superar sus expectativas y las de todos los que te vean en ese evento pijo.

Naomi me hizo un semi recogido muy sencillo, apenas utilizó un maquillaje fuerte a excepción de los labios en un tono rojo pasión. Hizo que me levantara y me pusiera unos tacones negros que me había dejado ya que los míos eran muy bajos. Normalmente, no llevaría este tipo de tacón, pero el vestido lo requería. Mi amiga se dirigió al armario y sacó el vestido. Me lo puso con mucha delicadeza y me dejó unos segundos para verme en el espejo. No pude evitar sentir esas mariposas, aunque más bien parecía una estampida de animales, en el estómago al verme de aquella forma. Iba preciosa, siquiera lograba reconocerme al verme en el reflejo. Había crecido varios centímetros por los tacones y parecía más esbelta. El vestido se ceñía a mis curvas naturales y hacía que mi pecho pareciera más grande por la forma del escote.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó Naomi sentada en la cama con mi móvil en mano.

—Me encanta —admití.

La vi levantarse e ir hacia la ventana de la habitación, tecleó varias cosas en mi móvil sin que yo lo viese. Fruncí el ceño y fui hacia ella con decisión, le agarré el móvil y me quedé boquiabierta por lo que había escrito. Era Alejandro.

Estoy abajo.

Naomi no tardó en responderle.

Bajo en dos minutos,  
por cierto, vas muy  
guapo de esmoquin.

—¿Estás mal de la cabeza?! —grité, roja de la vergüenza.

—Es que es verdad, está muy guapo con el esmoquin, mira, ven a verlo.

Me acerqué a la ventana y lo vi esperándome delante del coche. Tragué saliva. No podía obviar lo evidente, Alejandro era muy atractivo aunque sus ojos guardaban mil y un secretos. Tenía una coraza muy profunda que ansiaba romper y descubrir cómo era él de verdad y no como quería que lo vieran. Pero eso no quitaba lo guapo, masculino, inteligente y amable que era.

—Te has puesto roja —canturreó pícara.

—¡Calla!

Naomi rio y me empujó para irme con la excusa de que llegaría tarde y no debía hacerlo esperar. Agarré el bolso de fiesta que llevaba y me dispuse a bajar sola ya que ella se quedaría para recogerlo todo. Mientras bajaba por el ascensor, con la cabeza gacha, escuchaba mi corazón latir a mil por hora. La pregunta de sí estaría a la altura de lo que Alejandro quería no paraba de martirizarme. Salí del ascensor, despidiéndome de la recepcionista quien me miró con sorpresa al verme así vestida. Supongo que no se explicaba cómo era que yendo así vestida hubiera

pillado una habitación en el hotel. Me paré en la puerta, viéndolo mirar sus pies con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Cogí aire y salí con una sonrisa en los labios.

Su cara me dejó impactada, no lo conocía tanto como para descifrar esas facciones sorprendidas. ¿Estaría a su altura? Mi sonrisa fue deshaciéndose conforme avanzaba, hasta que llegué a su lado y le pregunté lo que tanto necesitaba saber.

—¿Voy mal? —pregunté con una mueca de tristeza.

—¡No! —exclamó con decisión, sorprendiéndome—. Vas preciosa, Lucía. Me has sorprendido, es solo eso.

—¿De verdad? ¿Crees que estaré a la altura de ese evento?

Sentí la mirada de Alejandro sobre mi cuerpo, sorprendido de verme con tal vestimenta. Era como si me estuviese admirando.

—¿A la altura? —preguntó—. No, Lucía, te aseguro que vas a ser la estrella que más destaque entre todas.

Me sonrojé, sentía mis orejas arder. Acabé riendo como una tonta, en momentos así me daba la risa floja.

—Qué cosas dices.

—La verdad —dijo, sonriéndome.

Me cedió su mano y me acompañó hasta mi asiento, muy caballerosamente me abrió y cerró la puerta para luego ir él a su asiento y encender el motor del coche.

Comenzó a conducir por calles que jamás había pisado. Estábamos en la zona más rica de Madrid, donde una casa podía pasar del millón de euros. Entonces, distraída, lo escuché hablarme.

—¿Tu amiga sabe lo nuestro? ¿Sabe lo qué somos? —preguntó preocupado.

—Ella también lo es, no dirá nada —le aseguré. Lo vi respirar tranquilo.

—¿Lleva mucho tiempo en esto?

—Bastante. A decir verdad, no me enteré hasta que me lo propuso —comenté distraída. Nos quedamos callados por unos

minutos, escuchando de fondo la música hasta que hablé—. Si me preguntan sobre nosotros, ¿qué debo decir? Alejandro paró en un semáforo y me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué te parece si decimos que nos conocimos en algún evento?

—No creo que sea muy creíble. —Fruncí el gesto—. ¿Y en una conferencia? Tú eres abogado y hay conferencias para el bloque de derecho en la universidad.

—Gran idea. —Me sonrió.

—Me dijiste que tengo que hacerme pasar por tu pareja, ¿cuánto tiempo se supone que llevamos?

—Unos meses, ¿seis quizá? —Alejandro se iba acercando a un lugar de celebraciones de lujo todo bien alumbrado. Aluciné con la cantidad de gente que había.

—Perfecto.

Alejandro le dejó el coche a un aparcacoches que había puesto la organización del evento y me ayudó a bajar. Me susurró que agarrase su brazo para que pareciese algo más real la situación. Pero no fui consciente de a qué me exponía hasta que pasamos por un pasillo lleno de cámaras y *flashes* que me hicieron cerrar los ojos. Toda la gente a mi alrededor era adinerada y déspota, se le notaba al andar. Tuve que reprimir varios insultos al pasar delante de varias mujeres que me miraron con desprecio. Sin embargo, sentí un suave escalofrío en mi piel al sentir el aliento de Alejandro en mi oreja.

—Ignóralas, están celosas de verte. —Lo miré a los ojos ya que aún con los tacones Alejandro era más alto que yo.

—No serán también locas del bótox, ¿verdad? —le susurré en el oído haciéndolo reír.

—Tenlo claro.

Iba a seguir hablando con él, pero unos gritos nos distrajeron.

—¡Señor Arias! ¿Es esta su nueva conquista?

Me sentí avergonzada al ver como una cámara de televisión nos enfocaba mientras que su compañero de periódico sacaba fotos por doquier.

Escuché a Alejandro reír entre dientes, pero parecía algo nervioso.

—Así es, le ruego que no insista mucho, mi pareja no está acostumbrada a este tipo de situaciones y está bastante incómoda.

Lo miré con una media sonrisa en la cara; él, por su parte, me miró y me guiñó un ojo. No obstante, insistieron en tomarnos varias fotos juntos, menos mal que ni mi madre ni Alba leían el periódico, y hacerle una entrevista rápida a Alejandro a solas ya que yo estaba bastante incómoda. Me aparté y me quedé esperándolo, parecía muy motivado por la situación del evento. Pero, de repente, sentí una mano en mi hombro. Me giré, asustada, y vi a un hombre de la edad de Alejandro riendo. Mi cara debía ser un poema, pero ¿qué esperaba? Me estaba tocando el hombro un desconocido y eso me ponía muy nerviosa. No me gustaba sentir el contacto de alguien que no conocía.

—Vaya cara más graciosa pones cuando te asustas. —Se rio de mí.

Me planché el vestido, quitándole la mano de mi hombro, y lo miré con el ceño fruncido, desconfiada—. ¿Usted quién es? —pregunté.

—No me trates de usted —volvió a reír—. Ya veo que Alejandro no te ha hablado de mí, soy Fernando, su mejor amigo, aunque puedes llamarme Fer.

Aún seguía desconfiando de aquel extraño, pero me mostré amable y un poco más relajada al saber que era amigo de Alejandro.

—¡Oh! —exclamé—. Encantada, soy Lucía.

—Ya, lo sé, Alejandro me ha hablado mucho de ti. —Me guiñó un ojo y no pude evitar sonrojarme. ¿Alejandro le había hablado mucho de mí?

—Pero ¿para bien o para mal? —bromeé.

—Para bien, por supuesto. Lo has impresionado mucho y eso es admirable.

—¿Admirable? ¿Por qué? —pregunté incrédula—. Alejandro es un buen tío, su trabajo es importante —lo miré mientras hablaba con el periodista— y parece que hace grandes cosas por como lo tratan los medios de comunicación. Yo solo soy Lucía, su acompañante.

Fernando puso su mano en mi cabeza y me revolvió un poco el pelo, resoplé y me lo acomodé mirándolo mal. Volví a girarme para prestar atención a Alejandro, quien estaba charlando con un hombre. Había terminado ya la entrevista.

—Ahora entiendo porque te eligió a ti entre tantas candidatas. —Sus palabras me dejaron helada.

—¿Sabes lo de...? —asintió—. ¡Oh, Dios!

—No te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo. —Me guiñó un ojo—. ¡Mira, ahí viene!